

RETIRO: "LAS PARÁBOLAS DE JESÚS"

II.- EL SEMBRADOR.

(Extraído de las revistas "Orar", "Dabar", "La Casa de la Biblia", material de ACG, y otros)

VER:

Jesús proclamó por todas partes el Reino de Dios, pero si alguien le preguntaba en qué consistía ese "Reino", no le respondía con una definición. Lo hacía contando breves historias, llamadas "parábo-
las".

Una parábola no es un cuento infantil: no hay hadas, ni príncipes, ni dragones, ni magos. Tampoco es una fábula: no hay animales que hablan y que transmiten frases llenas de sabiduría que concluyen con una moraleja.

Una parábola es un relato, formado a partir de hechos sacados de la vida cotidiana, a través del cual se intenta explicar una realidad o verdad.

Las parábo-
las forman parte de un género literario popular, muy arraigado en el pueblo hebreo. Un género literario que, por eso mismo, es muy habitual en la Biblia, cuyos personajes suelen expresarse por medio de imágenes y no por medio de definiciones o conceptos abstractos.

En las parábo-
las, las realidades invisibles se explican mediante su comparación con realidades terrenas, visibles, y Jesús las utilizó para el anuncio de su Buena Noticia. Hoy el Evangelio es un libro; pero "en aquel tiempo", el Evangelio se anunció a través de un conjunto de conversaciones en lenguaje corriente.

Cuando Jesús hablaba, no había eruditos a su alrededor, sino una masa de gentes del pueblo: amas de casa, pescadores, labradores, pastores, herreros carpinteros, tejedores, comerciantes, funcionarios, pobres, enfermos, lisiados... No les podía hablar como se habla en los libros, sino como se charla en la plaza del mercado.

En el primer retiro estuvimos reflexionando la parábola de la semilla que crece por sí sola, y veíamos que muchas cosas que nos preocupan y agobian se simplificarían bastante si fuésemos capaces de sembrar y dejar crecer; sembrar y "olvidarnos" del asunto; sembrar y seguir sembrando, y que la semilla de Dios tiene un dinamismo silencioso pero imparable, y fructificará con toda seguridad.

En este retiro continuamos en esa línea, porque vamos a reflexionar la parábola del sembrador:

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábo-
las de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Comprendo el significado de las parábo-
las? ¿Hay alguna que me resulte difícil de entender?
- ¿Descubro nuevos aspectos cada vez que las vuelvo a escuchar, o siempre me quedo en el mismo significado?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría contar y sobre todo explicar la parábola del sembrador?

JUZGAR:

Mc 4, 3-8.14-20:

³«Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; ⁴al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. ⁵Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; ⁶pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. ⁷Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. ⁸Él resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

¹⁴«El sembrador siembra la palabra. ¹⁵Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra: pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. ¹⁶Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, ¹⁷pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumben. ¹⁸Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, ¹⁹pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. ²⁰Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

I) LA SEMILLA.

Sabemos que Jesús tuvo un éxito inicial en su predicación. Pero después no fue fácil para Jesús llevar adelante su proyecto. Enseguida se encontró con la crítica y el rechazo. Su palabra no tenía la acogida que cabía esperar. Entre sus seguidores más cercanos empezaba a despertarse el desaliento y la desconfianza. ¿Merecía la pena seguir trabajando junto a Jesús? ¿No era todo aquello una utopía imposible?

Jesús les respondió con esta parábola, en la que hay, ciertamente, un trabajo infructuoso que se puede echar a perder, pero hay una certeza: el proyecto final de Dios no fracasará. No hay que ceder al desaliento. Hay que seguir sembrando, porque al final habrá cosecha abundante.

Jesús invita a sus discípulos a mantener la confianza en la fuerza del Reino de Dios, ya que están experimentando las consecuencias que provoca tanto la acogida como el rechazo del mensaje del Reino. La parábola mantiene su invitación al ánimo para los misioneros que, anunciando el Evangelio, se encuentran con diferentes respuestas. Y al mismo tiempo es una seria exhortación a todos los cristianos para que la acogida del Evangelio no sea ahogada por las dificultades con las que se van encontrando y pueda dar fruto.

Porque en esta parábola Jesús valora sobre todo la eficacia de la Palabra del Reino, que es la semilla que se siembra. Los que escuchaban la parábola sabían que estaba hablando de sí mismo. Jesús sembraba la Palabra en cualquier parte donde veía alguna esperanza de que pudiera germinar. Sembraba gestos de bondad y misericordia hasta en los ambientes más insospechados.

Pero Jesús no era ningún iluso. Jesús sembraba con realismo: sabía que la siembra se echaría a perder en más de un caso. No faltan obstáculos y resistencias, pero la fuerza de Dios dará su fruto; por eso, sería absurdo dejar de sembrar.

El sembrador, sea Cristo o sea un apóstol, debe esparcir generosamente la semilla confiando en el éxito final. Y sin olvidar que el protagonismo de la parábola, y por tanto de la siembra, de la misión, no es para el sembrador, sino para la semilla, aunque su eficacia está condicionada en buena parte por los diversos grados de aceptación de la misma.

Como comunidad cristiana también nos hacemos esta reflexión sobre el resultado de nuestra siembra, ante las dificultades que encontramos en la continuación de la misión de Cristo. Pero aunque aparentemente los resultados muestren un fracaso, la eficacia de la Palabra de Dios está asegurada, pues la tierra fértil, aunque escasa, compensa con creces la esterilidad de las otras tres parcelas aparentemente mayores: el camino, el pedregal y las zarzas.

Con esta parábola, Jesús sitúa a los trabajadores por el Reino, a los sembradores, a nosotros, en una actitud de esperanza. Las cifras de productividad (treinta o sesenta o ciento por uno) indican que el Reino de Dios sobrepasa toda medida. Aunque haya dificultades, el éxito final está asegurado.

Hoy somos llamados a descubrir o recordar que la semilla es buena. Que por la Palabra, Jesucristo, sembrado en nosotros, merece la pena preparar bien la tierra de la siembra. Quitar las piedras, arrancar las zarzas, regar la tierra... Todo, para recibir la semilla, dejarla germinar y que fructifique.

Para la reflexión:

- Entre los seguidores más cercanos de Jesús empezaba a despertarse el desaliento y la desconfianza. ¿Merecía la pena seguir trabajando junto a Jesús? ¿No era todo aquello una utopía imposible? ¿He pensado yo esto alguna vez?
- En esta parábola Jesús valora sobre todo la eficacia de la Palabra del Reino, que es la semilla que se siembra. ¿Tengo yo fe en la eficacia de la Palabra, a pesar de la falta de acogida?
- Jesús sembraba la Palabra en cualquier parte donde veía alguna esperanza de que pudiera germinar. Sembraba gestos de bondad y misericordia hasta en los ambientes más insospechados. ¿Percibo que Jesús siembra en mi vida su Palabra?

II) LA TIERRA.

En esta parábola, el sembrador es Jesús y la semilla su Palabra. Jesús sigue sembrando en nosotros la semilla de su Palabra, bien Él directamente o por medio de sus colaboradores. La Palabra nos llega a través de la predicación del cura, de la catequesis, del Equipo de Vida, de la formación, de las charlas, de un libro o revista, de las personas que con su ejemplo nos hablan de Dios... Esa Palabra está pidiendo ser acogida, y la gran pregunta es cómo la acogemos.

La semilla que cae **al borde del camino** y se pierde puede representar la actitud de un corazón duro, al igual que es dura e impenetrable la tierra pisoteada por los caminantes. Tal vez nuestro corazón es duro e insensible porque está demasiado preocupado por cosas que no son Dios, está alejado de Él, y la semilla de la Palabra de Dios nos resbala y se pierde.

Es lo que ocurre cuando no nos enteramos de la Palabra de Dios proclamada en la celebración, o no queremos escuchar y rechazamos la Palabra porque su mensaje no nos interesa, o nos pone ante la disyuntiva de tener que cambiar de vida, o nos resulta demasiado exigente y decimos que no es propio de nuestro mundo moderno. En estos casos, la semilla de la Palabra se pierde como la caída al borde del camino.

La semilla que cae **entre piedras** y se pierde por falta de profundidad puede simbolizar la superficialidad de nuestra vida. Tal vez somos personas poco reflexivas, inconstantes, inmaduras, incapaces de tomarnos en serio las cosas y actuar con responsabilidad.

Acogemos tal vez la Palabra, incluso con ilusión, pero no le damos oportunidad a que eche raíces y se agarre fuertemente a nuestro corazón formando parte de nuestra vida. Nos cansamos demasiado pronto, dejamos de esforzarnos y de tomarnos en serio las cosas utilizando como justificación cualquier excusa, o ante la más mínima dificultad nos venimos abajo. Y dejamos que la semilla sembrada con tanto trabajo se eche a perder.

La semilla que cae **entre espinos** simboliza la Palabra que empieza a crecer a la vez que dejamos crecer a su lado tantas cosas que son contrarias al mensaje de Jesús. Tal vez estamos demasiado preocupados por los quehaceres de la vida. Tal vez la ambición por el poder, el dinero, el placer, y la buena vida ahogan y asfixian la semilla.

No sólo no la cuidamos, ni la hemos protegido, sino que no le hemos dedicado tiempo ni interés porque hemos tenido otras prioridades que han acaparado nuestra atención y nuestro esfuerzo, y todo ello termina asfixiando una Palabra que podría haber crecido y dado fruto.

Sólo la semilla que cae **en tierra buena** da fruto. Sólo unos pocos han acogido la semilla de la Palabra de Dios como tierra bien preparada, mullida y jugosa. Sólo unos pocos han puesto constancia e interés, la han cuidado y protegido, la han alimentado, la han reflexionado y han procurado que echara raíces profundas. Y en cada uno ha dado su fruto.

Pero la tierra buena no se improvisa. El labrador tiene que hundir la reja del arado en la tierra para deshacer los terrones y conseguir que la tierra sea esponjosa y receptiva; tiene que apartar las piedras que la hacen rocosa y estéril; tiene que vigilar y quitar las malas hierbas que, si crecen, ahogarán la semilla y no la dejarán crecer. El labrador tiene que trabajar, esforzarse con constancia y paciencia. Y sólo así podrá la tierra estar en condiciones de acoger la semilla y hacerla fructificar.

Probablemente todos tenemos un poco de todos estos tipos de tierra, pero el Señor espera que seamos tierra buena y que pongamos el esfuerzo y el trabajo constante y paciente que permite que la Palabra sembrada por Él dé el fruto esperado.

Para la reflexión:

- ¿Qué clase de tierra somos nosotros? ¿Con cuál de todas nos identificamos?
 - **al borde del camino:** no nos enteramos de la Palabra de Dios proclamada en la celebración, o no queremos escuchar y rechazamos la Palabra porque su mensaje no nos interesa, o nos resulta demasiado exigente.
 - **entre piedras:** somos personas poco reflexivas, inconstantes, inmaduras, incapaces de tomarnos en serio las cosas y actuar con responsabilidad. Nos cansamos demasiado pronto, dejamos de esforzarnos y de tomarnos en serio las cosas utilizando como justificación cualquier excusa, o ante la más mínima dificultad nos venimos abajo.
 - **entre espinos:** estamos demasiado preocupados por los quehaceres de la vida. La ambición por el poder, el dinero, el placer, y la buena vida ahogan y asfixian la semilla. No le hemos dedicado tiempo ni interés porque hemos tenido otras prioridades que han acaparado nuestra atención y nuestro esfuerzo.
- ¿Consideras que está preparada la “tierra” de nuestras parroquias, asociaciones, movimientos... y la tierra de nuestra sociedad, para recibir la semilla de la Palabra de Dios? ¿Qué haría falta?

III) LOS SEMBRADORES.

Jesús deposita toda su confianza en la llegada del Reino, con la certeza de que su Palabra no es estéril, y anima a continuar sembrando. Como discípulos y apóstoles, también somos sembradores, también somos transmisores de la Palabra. Y para ser sembradores, lo primero es ser hombres y mujeres de esperanza, porque sólo se puede sembrar con y desde la esperanza. Si nos convertimos en sembradores de la regañina, del lamento, de las recriminaciones, de la desilusión, del cansancio, de la desconfianza... es que no hemos aprendido lo que es sembrar.

Además, como discípulos y apóstoles, que intentamos vivir en santidad, nuestro “oficio” no es el de segar, sino el de sembrar. Y sembrar con abundancia, generosidad, sin cálculos, sin exclusiones. Como sembradores, no tenemos derecho a seleccionar los terrenos y decir, de antemano, cuál es el bueno, el receptivo, el merecedor, el que ofrece mejores perspectivas...

El Salmo 125 dice: **Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares** (v. 5). Lo malo es que muchas veces no sólo sembramos con lágrimas, sino que también “cosechamos” con lágrimas porque la recolección es decepcionante. Pero en la Iglesia no necesitamos cosechadores. Lo nuestro no es cosechar éxitos, conquistar la calle, dominar la sociedad, llenar templos... Lo que nos hace falta son sembradores. Seguidores de Jesús que siembren por donde pasen palabras de esperanza y gestos de compasión.

Por eso el Salmo continúa: **Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas** (v. 6). Partiendo de este Salmo, sería necesario aprender a “sembrar cantando”, echar la semilla con gozo, no con la desconfianza reflejada en un rostro sombrío.

No hemos de perder la confianza a causa de la aparente impotencia del Reino de Dios. Siempre parece que el Evangelio es algo insignificante y sin futuro. Y, sin embargo, no es así. El Evangelio no es una moral ni una política, ni siquiera una simple “religión”. El Evangelio es la fuerza salvadora de Dios sembrada por Jesús en el corazón del mundo y de la vida de las personas.

Empujados por el sensacionalismo de los actuales medios de comunicación, parece que sólo tenemos ojos para ver el mal. Y ya no sabemos adivinar esa fuerza de vida que se halla oculta bajo las apariencias más desalentadoras.

Si pudiéramos observar el interior de las vidas, nos sorprendería encontrar tanta bondad, entrega, sacrificio, generosidad y amor verdadero. Hay violencia y sangre en el mundo, pero crece en muchos el anhelo de una verdadera paz. Se impone el consumismo egoísta, pero son bastantes los que descubren el gozo de una vida sencilla. La indiferencia parece haber apagado la religión, pero en no pocas personas se despierta la nostalgia de Dios y la necesidad de la oración.

La energía transformadora del Evangelio está ahí trabajando a la humanidad. La sed de justicia y de amor seguirá creciendo. La siembra de la Palabra no terminará en fracaso.

Para la reflexión:

- Para ser sembradores, lo primero es ser hombres y mujeres de esperanza, porque sólo se puede sembrar con y desde la esperanza. ¿Te has sentido alguna vez un sembrador frustrado?

- Medito este párrafo: En la Iglesia no necesitamos cosechadores. Lo nuestro no es cosechar éxitos, conquistar la calle, dominar la sociedad, llenar templos... Lo que nos hace falta son sembradores. Seguidores de Jesús que siembren por donde pasen palabras de esperanza y gestos de compasión. ¿Qué llamadas percibo, dónde y en quién podría empezar a sembrar?
- Parece que sólo tenemos ojos para ver el mal. Ya no sabemos adivinar esa fuerza de vida que se halla oculta bajo las apariencias más desalentadoras. Si pudiéramos observar el interior de las vidas, nos sorprendería encontrar tanta bondad, entrega, sacrificio, generosidad y amor verdadero. ¿Percibo alguno de estos signos en las personas y ambientes que forman mi vida?

ACTUAR:

No somos conscientes, cada mañana, de que desde que nos levantamos, salimos a sembrar, como el sembrador de la parábola. Parece una tontería, pero el mero talante con que nos enfrentamos a nuestra vida diaria, ya desde dentro de nuestra casa, es una siembra. Con Él vamos dando el tono a nuestro alrededor, a los más cercanos... ¿Sembramos esperanza o sembramos discordias?

Nuestro trabajo debería ser nuestra semilla más cuidada, la mejor elegida. ¿Hacemos siembra de mínimos? Mínima calidad, mínimo esfuerzo, mínima gana... Tal vez nos ocurre que, al creer de antemano que nuestra semilla va a caer en pedregal, ya no nos importa nada cómo hacemos las cosas. Pero quizás, como cristianos que somos, podríamos pensar en dar ejemplo de buen hacer.

Una tarea tan aparentemente ordinaria como vivir, puede ser de más trascendencia de lo que pensamos. Ahí está el núcleo de la cuestión: en saber la importancia de nuestro día a día. Es inevitable que nos crezca alguna mala hierba, porque no somos perfectos ni podemos estar constantemente controlando nuestra vida. Pero si no perdemos la perspectiva de esta parábola sabremos qué abunda más en nuestro campo.

SALIR, CAMINAR Y SEMBRAR SIEMPRE DE NUEVO.

Como dijimos en el primer retiro, las parábolas de Jesús esperan la respuesta de aquéllos que las escuchan. Y el Papa Francisco, en *Evangelii gaudium* nº 21, nos habla de la actitud que caracteriza esa respuesta: “Salir, caminar y sembrar siempre de nuevo.”

Esta frase fue el lema que se escogió para el Encuentro de Laicos de Parroquia y III Asamblea General de ACG, que tuvo lugar en Santiago de Compostela en agosto de 2017. Con estas palabras el Papa Francisco nos quiere animar, a todos los cristianos, a renovar lo más profundo de nuestra fe para que, reavivando el encuentro con Cristo, busquemos caminos siempre nuevos de anunciarlo a los demás. Teniendo presente la parábola del sembrador y las palabras del Papa, hoy:

Es tiempo de **salir**: salir hacia Jesús para gustar, siempre de nuevo, su misericordia, para que Él pueda sembrar en nosotros su Palabra y, al arraigar en nosotros, salgamos a anunciar a todos que “el amor del Señor no se ha acabado” (EG 6), convirtiéndonos en sembradores. Un anuncio que “no excluye a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría” (cf. EG 14).

Desde esta clave, “todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20). Por tanto, salgamos a ofrecer a todos la alegría del encuentro con Cristo, y la belleza de la vida cristiana. Salgamos sin miedo a ofrecer a nuestros hermanos una vida llena de la fuerza, luz y consuelo que da el encuentro con Jesucristo, y un horizonte de sentido y de vida (cf. EG 49).

Es tiempo de **caminar**: toda acción de salida supone también la acción de caminar. Un caminar donde poder descubrir, en primer lugar, que es el mismo Cristo quien camina junto a nosotros. Que no nos deja solos, sino que nos acompaña para compartir nuestros gozos o restaurar nuestra esperanza. Y, en segundo lugar, para experimentar la fuerza que supone el caminar juntos: no caminamos aislados, formamos parte de un proyecto común.

Es tiempo de **sembrar**: por el Bautismo todos estamos llamados a anunciar el Evangelio, a sembrar la Palabra de Dios en el corazón de todas las personas que necesitan vivir con alegría y esperanza. “Todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros” (EG 121).

Siempre de **nuevo**: para que esta tarea de sembrar la vivamos como una novedad debemos estar abiertos a la acción del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia. Él es quien sostiene y anima nuestra acción evangelizadora, suscitando en nosotros el deseo de vivir siempre el dinamismo de la fe, que es también el dinamismo del amor, que busca el dar siempre gratis lo que gratis hemos recibido, sin pararnos en nuestros límites y dificultades, sino dejarnos en todo momento conducir por sus inspiraciones. Y dejando que Él infunda en nosotros la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente (cf. EG 259).

Procuremos sembrar, y no esperemos encontrar consuelo al recolectar. La propia semilla es la que debe llenarnos de consuelo y colmarnos de esperanza. Sólo debemos sentirnos satisfechos cuando tengamos conciencia de haber “malgastado” la semilla derramándola por el camino, en medio de las rocas, en la maraña de las espinas. Sólo debemos sentirnos satisfechos cuando no sepamos cuál es el terreno bueno, cuáles son las circunstancias favorables, cuándo es el tiempo adecuado.

Cuánta serenidad tendríamos, como sembradores de la Palabra, si nos sintiéramos animados no por los éxitos, sino por el cansancio, por la soledad, por los números que no salen, por las estadísticas deprimentes, por la ausencia de signos positivos, por la sensación de que todo es inútil.

De qué paz de corazón gozaríamos si lográsemos dejarnos tranquilizar por lo única tarea que el Señor nos encarga, la única tarea que debe movernos: la necesidad de volver a sembrar de nuevo la semilla de su Palabra.

Para la reflexión:

- Medito estas frases: Cada mañana, de que desde que nos levantamos, salimos a sembrar. ¿Hacemos siembra de mínimos? Mínima calidad, mínimo esfuerzo, mínima gana... Una tarea tan aparentemente ordinaria como vivir, puede ser de más trascendencia de lo que pensamos.

- Es tiempo de **salir**: todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. ¿Me siento llamado y enviado a salir? ¿Me atrevo a dar en público testimonio del Evangelio?
- Es tiempo de **caminar**: es el mismo Cristo quien camina junto a nosotros. Y no caminamos aislados, formamos parte de un proyecto común. ¿Qué hago para experimentar la presencia de Cristo a mi lado? ¿Cuido la dimensión comunitaria de la fe, o soy individualista?
- Es tiempo de **sembrar**: eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros. ¿Siento esa necesidad de compartir mi experiencia de fe, o la vivo de un modo intimista y privado?
- Siempre de **nuevo**: para que esta tarea de sembrar la vivamos como una novedad debemos estar abiertos a la acción del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia. ¿Me conformo con repetir lo que siempre se ha hecho? ¿La Palabra de Dios es una novedad para mí?

Medito este párrafo: Cuánta serenidad tendríamos, como sembradores de la Palabra, si nos sintiéramos animados no por los éxitos, sino por el cansancio, por la soledad ... Debemos dejar de lado en la acción pastoral una mentalidad mercantilista de “cuenta de resultados”, porque el “número y cantidad de frutos” no es cosa nuestra sino de Dios.

- ¿Entiendo la paradoja? ¿En qué debo cambiar mi forma habitual de enfocar mi misión como sembrador de la Palabra?

RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

II.- EL SEMBRADOR.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábolas de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Comprendo el significado de las parábolas? ¿Hay alguna que me resulte difícil de entender?
- ¿Descubro nuevos aspectos cada vez que las vuelvo a escuchar, o siempre me quedo en el mismo significado?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría contar y sobre todo explicar la parábola del sembrador?

JUZGAR – Mc 4, 3-8.14-20:

³«Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; ⁴al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. ⁵Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; ⁶pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. ⁷Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. ⁸Él resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

¹⁴El sembrador siembra la palabra. ¹⁵Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra: pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. ¹⁶Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, ¹⁷pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumben. ¹⁸Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, ¹⁹pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. ²⁰Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

I: LA SEMILLA.

- Entre los seguidores más cercanos de Jesús empezaba a despertarse el desaliento y la desconfianza. ¿Merecía la pena seguir trabajando junto a Jesús? ¿No era todo aquello una utopía imposible? ¿He pensado yo esto alguna vez?
- En esta parábola Jesús valora sobre todo la eficacia de la Palabra del Reino, que es la semilla que se siembra. ¿Tengo yo fe en la eficacia de la Palabra, a pesar de la falta de acogida?
- Jesús sembraba la Palabra en cualquier parte donde veía alguna esperanza de que pudiera germinar. Sembraba gestos de bondad y misericordia hasta en los ambientes más insospechados. ¿Percibo que Jesús siembra en mi vida su Palabra?

II: LA TIERRA.

- ¿Qué clase de tierra somos nosotros? ¿Con cuál de todas nos identificamos?
 - **al borde del camino:** no nos enteramos de la Palabra de Dios proclamada en la celebración, o no queremos escuchar y rechazamos la Palabra porque su mensaje no nos interesa, o nos resulta demasiado exigente.

- **entre piedras:** somos personas poco reflexivas, inconstantes, inmaduras, incapaces de tomarnos en serio las cosas y actuar con responsabilidad. Nos cansamos demasiado pronto, dejamos de esforzarnos y de tomarnos en serio las cosas utilizando como justificación cualquier excusa, o ante la más mínima dificultad nos venimos abajo.
- **entre espinos:** estamos demasiado preocupados por los quehaceres de la vida. La ambición por el poder, el dinero, el placer, y la buena vida ahogan y asfixian la semilla. No le hemos dedicado tiempo ni interés porque hemos tenido otras prioridades que han acaparado nuestra atención y nuestro esfuerzo.
- ¿Consideras que está preparada la “tierra” de nuestras parroquias, asociaciones, movimientos... y la tierra de nuestra sociedad, para recibir la semilla de la Palabra de Dios? ¿Qué haría falta?

III: LOS SEMBRADORES.

- Para ser sembradores, lo primero es ser hombres y mujeres de esperanza, porque sólo se puede sembrar con y desde la esperanza. ¿Te has sentido alguna vez un sembrador frustrado?
- Medito este párrafo: En la Iglesia no necesitamos cosechadores. Lo nuestro no es cosechar éxitos, conquistar la calle, dominar la sociedad, llenar templos... Lo que nos hace falta son sembradores. Seguidores de Jesús que siembren por donde pasen palabras de esperanza y gestos de compasión. ¿Qué llamadas percibo, dónde y en quién podría empezar a sembrar?
- Parece que sólo tenemos ojos para ver el mal. Ya no sabemos adivinar esa fuerza de vida que se halla oculta bajo las apariencias más desalentadoras. Si pudiéramos observar el interior de las vidas, nos sorprendería encontrar tanta bondad, entrega, sacrificio, generosidad y amor verdadero. ¿Percibo alguno de estos signos en las personas y ambientes que forman mi vida?

ACTUAR:

- Medito estas frases: Cada mañana, de que desde que nos levantamos, salimos a sembrar. ¿Hacemos siembra de mínimos? Mínima calidad, mínimo esfuerzo, mínima gana... Una tarea tan aparentemente ordinaria como vivir, puede ser de más trascendencia de lo que pensamos.
- Es tiempo de **salir**: todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. ¿Me siento llamado y enviado a salir? ¿Me atrevo a dar en público testimonio del Evangelio?
- Es tiempo de **caminar**: es el mismo Cristo quien camina junto a nosotros. Y no caminamos aislados, formamos parte de un proyecto común. ¿Qué hago para experimentar la presencia de Cristo a mi lado? ¿Cuido la dimensión comunitaria de la fe, o soy individualista?
- Es tiempo de **sembrar**: eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros. ¿Siento esa necesidad de compartir mi experiencia de fe, o la vivo de un modo intimista y privado?
- Siempre de **nuevo**: para que esta tarea de sembrar la vivamos como una novedad debemos estar abiertos a la acción del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia. ¿Me conformo con repetir lo que siempre se ha hecho? ¿La Palabra de Dios es una novedad para mí?
- Medito este párrafo: Cuánta serenidad tendríamos, como sembradores de la Palabra, si nos sintiéramos animados no por los éxitos, sino por el cansancio, por la soledad,... Debemos dejar de lado en la acción pastoral una mentalidad mercantilista de “cuenta de resultados”, porque el “número y cantidad de frutos” no es cosa nuestra sino de Dios. ¿Entiendo la paradoja? ¿En qué debo cambiar mi forma habitual de enfocar mi ser sembrador de la Palabra?



EL SEMBRADOR

(Jaime Olguín Mesina - Iván Olguín Pisani)

LAM
Salió muy temprano un sembrador,
sim MIM
tirando semillas en derredor,
LAM
estaba la tierra sedienta de amor
sim MIM
y el surco esperando el precioso don

fam# dom#
Que ilusión, que ilusión, qué ilusión
REM LAM
que tenía el sembrador,
fam# dom#
él quería ver crecer la flor
REM
y después ver el fruto
MIM
madurando al sol. (bis)

REM LAM
Pero el grano que cayó
sim MIM
a la orilla del camino
REM LAM
tuvo muy triste destino:
SOLM MIM
un gorrión se lo comió.

Otras semillas fueron a dar
a las duras piedras de un pedregal,
allí, a la sombra, pudieron brotar,
y éstas sí, parecía, que podrían triunfar.

¡Que ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

Pero cuando el sol salió
esas plantas se secaron
sin raíz, no soportaron
el calor de la aflicción

Mas aún quedan granos, en un lugar
donde hay abrojos sin arrancar
allí las semillas pudieron brotar
esta vez, parece, fruto darán

¡Que ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

Pero a poco de brotar,
estas plantas se murieron,
los abrojos las cubrieron
con su manto vegetal

Cuando ya parecía que no había más
semillas dispuestas a germinar
unas hojas verdes, se vieron brotar
en la tierra más fértil de aquel lugar

¡Qué ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

REM LAM
Con profunda raíz,
sim MIM
estas plantas germinaron,
REM LAM
y con su verdor pintaron
SOLM MIM
aquel suelo cual tapiz

REM LAM
Como premio de color
sim MIM
a esa tierra generosa
REM LAM
surgen flores tan hermosas
SOLM MIM
que deslumbra su esplendor.

Y esta bella historia no acaba aquí
lo mejor todavía lo tienes que oír,
pues salieron frutos por cientos, o mil,
y aquel sembrador cosechó muy feliz

¡Ey!

EL SEMBRADOR

(Jaime Olguín Mesina - Iván Olguín Pisani)

LAM
Salió muy temprano un sembrador,
sim MIM
tirando semillas en derredor,
LAM
estaba la tierra sedienta de amor
sim MIM
y el surco esperando el precioso don

fam# dom#
Que ilusión, que ilusión, qué ilusión
REM LAM
que tenía el sembrador,
fam# dom#
él quería ver crecer la flor
REM
y después ver el fruto
MIM
madurando al sol. (bis)

REM LAM
Pero el grano que cayó
sim MIM
a la orilla del camino
REM LAM
tuvo muy triste destino:
SOLM MIM
un gorrión se lo comió.

Otras semillas fueron a dar
a las duras piedras de un pedregal,
allí, a la sombra, pudieron brotar,
y éstas sí, parecía, que podrían triunfar.

¡Que ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

Pero cuando el sol salió
esas plantas se secaron
sin raíz, no soportaron
el calor de la aflicción

Mas aún quedan granos, en un lugar
donde hay abrojos sin arrancar
allí las semillas pudieron brotar
esta vez, parece, fruto darán

¡Que ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

Pero a poco de brotar,
estas plantas se murieron,
los abrojos las cubrieron
con su manto vegetal

Cuando ya parecía que no había más
semillas dispuestas a germinar
unas hojas verdes, se vieron brotar
en la tierra más fértil de aquel lugar

¡Qué ilusión, qué ilusión, qué ilusión...! etc.

REM LAM
Con profunda raíz,
sim MIM
estas plantas germinaron,
REM LAM
y con su verdor pintaron
SOLM MIM
aquel suelo cual tapiz

REM LAM
Como premio de color
sim MIM
a esa tierra generosa
REM LAM
surgen flores tan hermosas
SOLM MIM
que deslumbra su esplendor.

Y esta bella historia no acaba aquí
lo mejor todavía lo tienes que oír,
pues salieron frutos por cientos, o mil,
y aquel sembrador cosechó muy feliz

¡Ey!